



El Diablo Cojuelo

(26 de octubre de 1958)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA

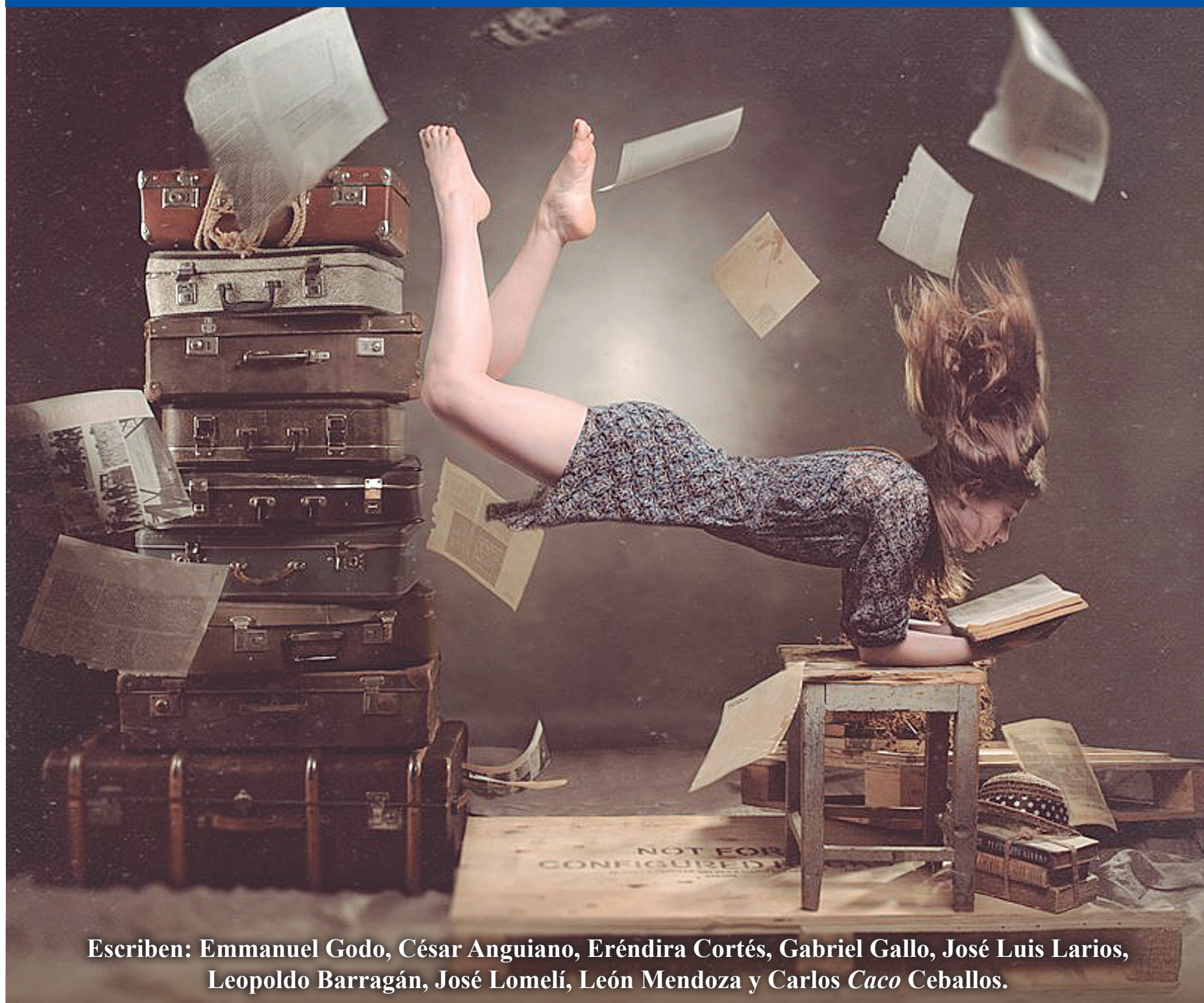


Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2562

DOMINGO 6 DE OCTUBRE DE 2019



Escriben: Emmanuel Godo, César Anguiano, Eréndira Cortés, Gabriel Gallo, José Luis Larios, Leopoldo Barragán, José Lomelí, León Mendoza y Carlos Caco Ceballos.

Los poetas de Babel

Traducción, selección y presentación de César Anguiano

Esta semana en *Los poetas de Babel* presentamos a Emmanuel Godo, nacido en 1965 en Chaumont-en-Vexin, Oise, Francia. Además de poesía, escribe ensayo y novela. Es doctor en letras y profesor en el Liceo Henri IV de París. Enseña también en el Instituto Católico de Lille. Como crítico y autor de ensayos literarios, se ha especializado en las relaciones entre literatura y experiencia interior, particularmente en la espiritualidad. Su trabajo crítico se sitúa bajo la línea de Maurice Blanchot y Georges Bataille.

Sus primeros trabajos se consagraron a la obra literaria de Maurice Barrès. Su tesis fue publicada en 1995 en las *Presses universitaires du Septentrion* bajo el título *La leyenda de Venecia, Maurice Barrès o la tentación de la escritura*. Ha estudiado la relación ambigua que Barrès mantiene con la creación literaria, pasión cuya dimensión destructiva teme.

Entre sus relatos cabe destacar *Un principe*, con prefacio de Jean-Pierre Lemaire y publicado en éditions Desclée de Brouwer, en el año 2012. Así como *Les Trois vies de l'écrivain Mort-Debout*, éditions des Busclats, 2018.

Entre sus ensayos están el ya mencionado de *La Légende de Venise...* Además de *Victor Hugo et Dieu, bibliographie d'une âme*, publicado éditions du Cerf, 2001 y la *Histoire de la conversation*, publicado en Presses universitaires de France, 2003.

Los poemas traducidos y seleccionados para el suplemento de este domingo pertenecen al libro *Je n'ai jamais voyage*, publicado en la prestigiosa editorial Gallimard. Emmanuel es una de las nuevas voces de Francia, pero posee ya un estilo y una voz poderosa que sin duda lo dará a conocer en todo el mundo. En recuerdo de nuestro almuerzo en el Barrio Latino, de París, en abril de este mismo año.

I

Como alguien que regresa al hogar abandonado
 Y se da cuenta, al aproximarse, sin siquiera
 Pisar el umbral,
 Que jamás ha dejado de habitarlo,
 Ni en pensamiento ni en sueños,
 A lo largo de todo el viaje que lo llevó lejos,
 Hacia ese ruidoso olvido al que llamamos mundo.
 He regresado al país natal
 Abierto a los cuatro vientos
 Sin bandera ni odios
 A este lugar de ninguna parte, de cimientos nómadas
 Donde todo ha comenzado
 La palabra, los alrededores luminosos de la ausencia
 La imprecisa forma de tu rostro.
 He reencontrado la utilidad del silencio
 Me he convertido en poeta
 Sin saber si yo llamaba poesía
 A este sitio, sus parajes, sus senderos apenas percibidos
 La espera deslíe mi memoria caprichosa
 Y la promesa permanece siempre nueva

II

El rumor de la ciudad desaparece bajo la nieve
 Los pasos se reinventan de muchas maneras en la lentitud
 Fragmentos de luz de esta noche, llamada aquí
 La herida que canta, la obstinada
 El camino jamás abandonado.
 Existía entonces un laberinto y un peregrinaje
 Un juego quizá alrededor del deseo y la verdad
 Un gran juego con la vida
 Pero había que fingir que no se jugaba

Como el niño inmóvil, los ojos abiertos, el aliento interrumpido
 Parece un muerto en la superficie del agua antes de renacer
 En el relámpago de una risa
 Y en la recuperación de las orillas de lo más ínfimo
 Se nos hace creer que el olvido se lleva todo
 Que de las promesas primeras ya no queda nada.
 Hurgando entre las ruinas fragmentos de nobleza
 Bifurcándose hacia falsos horizontes, hacia cielos que nos hablan engañosos,
 Sin jamás lograr construirse un rostro

Basta una pizca, un apocalipsis blanco
 Un suave colapso del sol bajo nuestros pies
 Para darnos cuenta que sostenemos aún, en un puño de roca,
 El viático de un silencio llegado de más lejos que uno mismo.

Lo que creímos perjuros
 Debilidades y renunciadas
 No eran más que el paso de un boxeador que se tambalea
 Pero que permanece de pie, su manera de venerar
 De mantener el sueño, de salvaguardar la fuente

El amanecer de la vida no fue entonces reconocerse mortal
 Sino redescubrirse, con mucho, fiel a la noche que camina
 Sin otro guía que el ángel con el rostro de ayer
 Que trastornaba la voz venida a susurrar sus palabras
 En medio de las sombras, y he allí que en la selva feroz
 En el paisaje de los cuarenta años
 Resurge sin previo aviso la hora del poeta
 Del niño que cree en la noche, del rey pobre
 En el silencio de la memoria. He aquí

El tiempo de las ofrendas,
 De los amaneceres atentos
 De recoger todo aquello que fue dispersado.

III

Tomé las palabras que me quedaban y me puse en camino
 En el camino hay piedras que no se ven
 El camino que no termina de perderse en su lentitud
 La lentitud que no termina de perderse en el camino
 A lo lejos, la vida se confunde con el sordo rumor de los insectos
 Las palabras me han dado sed y me he perdido
 Por encontrar una fuente que sabía perdida
 He mirado la hora, yo he muerto hace mucho
 El reloj se parecía al de mi padre
 Claramente más gastado, con vaho dentro
 La humedad del sudor que surgía del camino
 Del largo camino de las lágrimas secas
 Estornudé, la vieja alergia que regresa
 Y la belleza que no aparece
 Hubo una vez un tiempo de vértigos y alucinaciones
 Huidas de cuadros en el salón sin polvo
 Una hija, una flecha, la pelota de un niño colérico,
 Y después, aún, lágrimas secas
 El polvo del camino
 Las palabras que se niegan
 Esta manera de tropezarse con malísimos versos
 De imaginar otros mejores si me obstino
 El silencio espera, esta suerte de allí
 Que sonará siempre en la proximidad de los bosques
 Al alcance de la sombra y de la mano
 Después, te viene aún esta idea
 De reír del viento que se eleva sobre el polvo de la vida
 Sobre esta falsa idea del camino
 Sobre la sombra que, que la próxima vez, lo hará mejor.



El poeta Emmanuel Godo.



Hasta los tímpanos

La historia del silencio

Eréndira Cortés

De pronto me dio por el silencio. Hace tiempo no soporto que cualquier ruido se introduzca en mis tímpanos, prefiero la caricia de un débil susurro. Se me acabaron los gritos, la voz, el llanto. No me brota el alboroto por ningún lado.

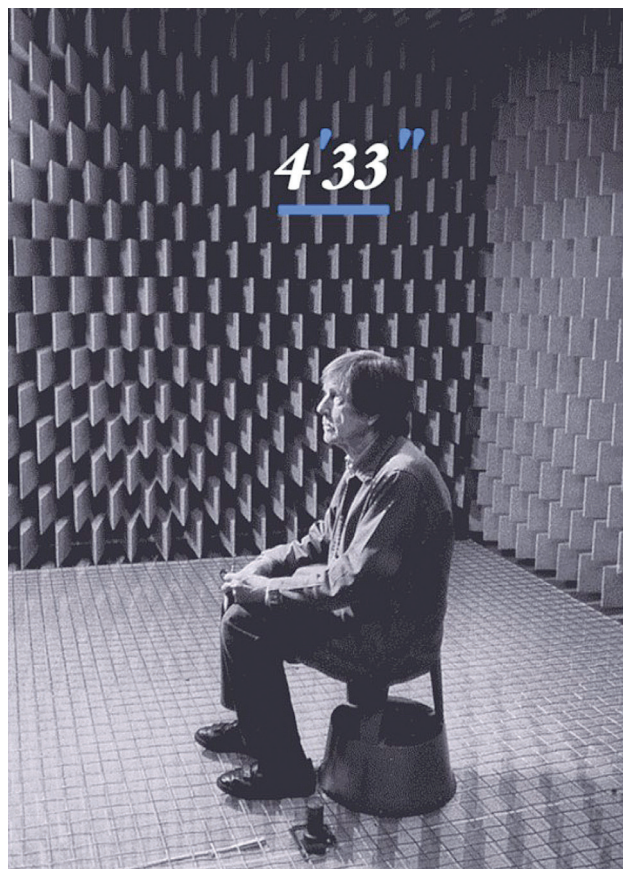
En mis primeros años todo me sonaba nuevo, las resonancias se me cruzaban y algunas llamaban mi atención, no había modo de evitarlo, otras iban nomás de paso. Me era prescindible lo estridente para sentirme acompañada. La pubertad fue una revoltura, escribía acompañada de rock o jazz del más clásico, cantar a medias estructuraba mis ideas. Y así como el cuerpo se me fue calmando, también me cansé de algunos ritmos, al grado que ahora ni lo instrumental me hace efecto.

Ya no duermo a gusto si entre el sueño se cuele el rugido de algún auto, conversaciones en voz alta, el retumbar de una bocina, ladridos o maullidos desperdigados. Como si hubiera caído en estado de hibernación, quisiera recluirme en una cueva inhabitada, donde nada me perturbe; huir del bullicio hasta que ya no escuche ni a mi propio cuerpo.

Pero no se puede, siempre habrá ondas que rompan la quietud, el vacío o la nada, que alteren la monotonía o la soledad; por algo están ahí. Recurrí, pues, a esos pequeños objetos que seguramente a alguien tan silente como yo se le ocurrió inventar, bendito sea. Aunque no hacen lo imposible, consiguen bajar un par de decibeles la acústica. Me fascina introducirlos en mis orejas y sentir cómo su expansión esponjosa da paso a la tranquilidad.

Si bien al principio los usaba sólo en situaciones extremas, hace ya casi un año me los pongo cada noche al acostarme. Temo lastimarme, contraer alguna enfermedad, volverme todavía más sensible o quedarme sorda; sin embargo, es mayor la necesidad de que se calle todo el mundo y me dejen en paz.

Nada me han hecho las personas, simplemente hablar o trastocarme de alguna forma; no tienen la culpa de mi aislamiento auditivo, es que me ha dado por la quietud, por no saber de nada, ni de nadie, ni de mí. Como el papel o el lienzo en blanco, como el bloque de mármol sin esculpir, como el 4'33" de John Cage —nunca lo entendí mejor—; necesito esa pausa que, aunque se piense larga, sólo es un instante previo al estribillo. Porque estamos hablando del complemento del sonido, el que lo moldea a su antojo, el que lo engendra y lo



4'33" es una obra musical en tres movimientos realizada por el compositor estadounidense de vanguardia John Cage en 1952. Un año antes, el músico visitó la cámara anecoica de la Universidad de Harvard. Entró en la cámara esperando escuchar silencio, pero más tarde escribió: "oía dos sonidos, uno alto y otro bajo. Cuando se los describí al ingeniero a cargo, me informó que el alto era mi sistema nervioso, y el bajo mi sangre en circulación".

expulsa para que viaje a través del aire.

Alguien me contó de la cámara anecoica, cuyos muros absorben las ondas acústicas. Me quedaría allí hasta deshidratarme de mutismo y regresar sedienta al mundo, pensé. Fue tanta la insistencia que mis sueños me cumplieron el capricho: unos guardias me llevaban custodiada, yo no podía sostenerme de la emoción. Una vez adentro suspiré satisfecha, apenas alcancé a oír mi respiración, el cauce de mi sangre impulsada por mis latidos; los muros consumieron todo. Entonces el silencio me contó su historia. Al despertar, percibí los ecos poco a poco y el recuerdo de lo que me dijo pronto se desvaneció. Quizá nunca más vuelva a revelarme su secreto, pero al menos mientras viva, intentaré escucharle.

Navegando en la penumbra

Gabriel Gallo

Rebosante de luz, la luna flota sobre un océano de negra melancolía. El corazón contrito, repleto de angustias, dolores y presagios, pregunta por ti, por tu abandono, por tu silencio oscuro como el vacío.

¿Qué es esto que me atenaza el pecho cuando te ausentas? El no sentirte a mi lado hace que mi cuerpo tiemble, el corazón vacile, se angustie y a un tiempo me ilusiono con el sueño de tu cuerpo.

En la mente persiste el recuerdo de tu mirada brillante y me duele verlo estrujado y tímido, tan sólo acompañado con una quietud sombría, cobijado por restos de un sueño incierto, etéreo. Una imagen desvaída e irreal de aquello que, tal vez ni siquiera fue.

¿Dónde están tus ojos, dónde su luz ausente?

Ronda en la mente la zozobra de ver un ave alejarse hacia el horizonte, en un vuelo sin retorno, sospechando que su partida será por siempre, sin adiós, sin un porqué, sin puerto conocido; sólo su marcha hacia la bruma de la ausencia.

Dolor oscuro y confuso por aquello que no fue y sin haber florecido aún, se ausenta.

Pregunto por ti a la luna colgada sobre un oscuro mar inalterable, con su cara oculta tras una nube vaporosa y tenue. Se niega a responder simulando no verme.

**Al final quedo sin luz;
sin saber a ciencia cierta
si el brillo de agua clara
que alguna vez vi en tus
ojos, existió o fue invento
de mi mente niña que
creyó encontrar en
ti lo que nunca tuvo.**

Acompañado por la angustia y el dolor de tu ausencia, al final quedo sin luz; sin saber a ciencia cierta si el brillo de agua clara que alguna vez vi en tus ojos, existió o fue invento de mi mente niña que creyó encontrar en ti lo que nunca tuvo.

Me cubre el silencio aniquilador como muda queja donde echan raíces las preguntas y las dudas. Clamo en vano al oscuro vacío por no necesitarte, no sentir lo que siento, por aceptar tu olvido.

Siento latir una lágrima prisionera entre mis párpados; camino por el filo de la sombra donde termina la vida y comienza la nada.

Alguien me contó de la cámara anecoica, cuyos muros absorben las ondas acústicas. Me quedaría allí hasta deshidratarme de mutismo y regresar sedienta al mundo.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

*El Diablo Cojuelo*

Don Manuel Sánchez Silva

(26 de octubre de 1958)

En esta ciudad, en el año de 1860, nació don Carlos Calvillo, quien hizo sus estudios en las escuelas locales y, desde muy joven, acusó destacadas dotes de escritor y poeta, circunstancia esta última que lo convirtió “en caballito de batalla”, para figurar en veladas literario-musicales, actos culturales y fiestas particulares, en las que se leían versos debidos a su inspiración.

En virtud de ser afónico, a consecuencia de una laringitis crónica padecida desde su niñez, los poemas eran interpretados por diversas personas, preferentemente señoritas de la mejor sociedad, cuya sensibilidad armonizaba con el romanticismo peculiar de las composiciones.

Durante muchos años don Carlos colaboró en los periódicos locales, caracterizándose por dos elogiadas cualidades: su independencia al criterio y su natural habilidad y fluidez de cronista. Fue honrado como hombre, pensador y periodista.

En 1904 fundó *El Diablo Cojuelo*, semanario impreso en octavo de cuádruple, en el que reveló su polifacética personalidad, pues no obstante las limitaciones de espacio, cubierto al cien por ciento con sus producciones, supo mantener el interés de sus lectores mediante publicaciones de los más variados temas: editoriales concienzudos, artículos humorísticos, noticias oportunas y, desde luego, la consabida página literaria, pues a don Carlos le era igualmente fácil escribir comentarios trascendentales, ironizar con espontaneidad y buen gusto, o versificar cualquier motivo sentimental.

Se decía, y con razón, que el gobernador don Enrique O. de la Madrid, viejo amigo de Calvillo, le impartía su ayuda económica y que gracias a ella don Carlos había podido montar el modesto taller que, instalado frente al costado sur del entonces teatro Santacruz, después Hidalgo, le permitía imprimir su periódico, pero es de justicia consignar, para honra del funcionario y del periodista, que el auxilio impartido por el primero no fue en forma de coacción para el segundo, quien siempre hizo honor a su libertad de expresión y no reconoció más limitaciones que las impuestas por su conciencia.

Cuántas veces los actos oficiales emanaron de buen propósito, *El Diablo Cojuelo* subrayaba los aciertos, como hacía notar los errores siempre que el gobierno dejaba insatisfechos a sus gobernados. Esta verticalidad de don Carlos, hizo comentar en más de una ocasión al gobernador, antes de tomar una decisión:

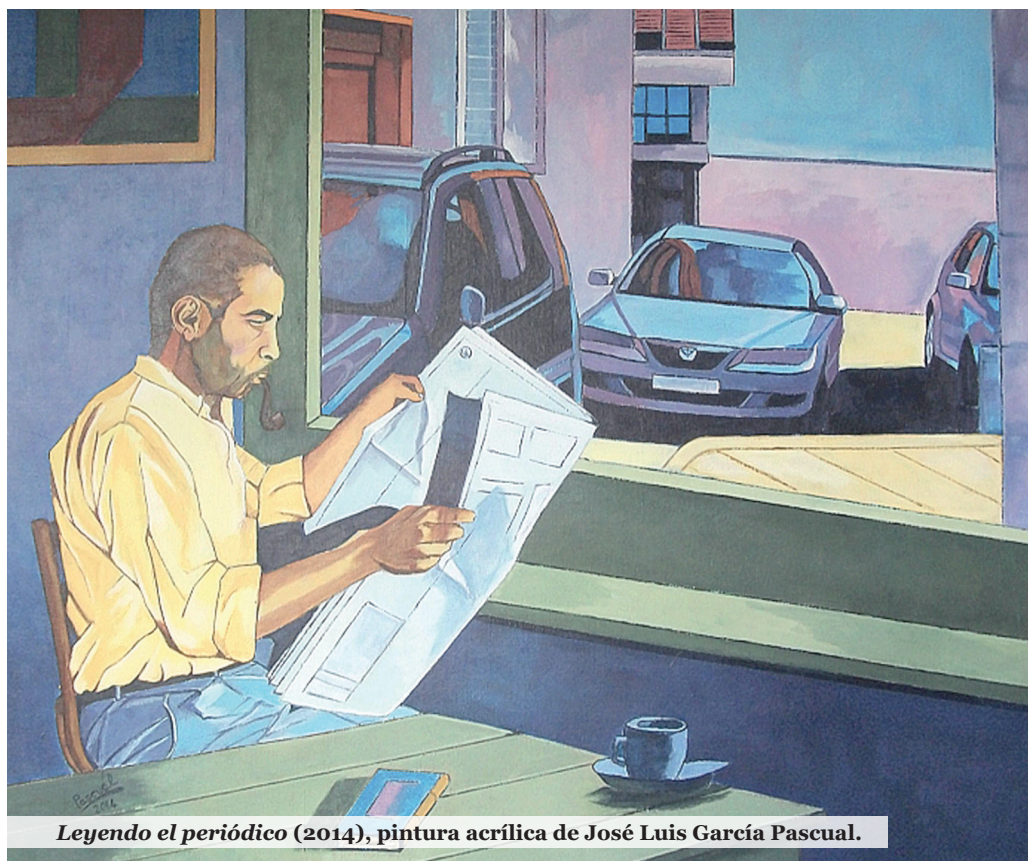
—Veremos esto más tarde. Quiero hablar con Calvillo, para no exponernos a “que nos lleve el diablo...”

Sin embargo, como todo ser humano, don Carlos cedió en más de una ocasión a la presión de sus afectos amistosos. Como ejemplo de lo anterior puede citarse el caso del tristemente célebre “crimen de los Tepames”, que tuvo resonancia nacional. Darío Pizano, comandante de policía de Colima y autor de la muerte de los hermanos Bartolo y Marciano Suárez, asesinados el lunes 14 de marzo de 1909, era amigo de Calvillo, quien se abstuvo de intervenir en el coro escandaloso de furiosas condenaciones, provocado con dicho motivo. En cambio, fue visible su satisfacción cuando anunció a grandes titulares que el famoso licenciado Serapio Rendón se había hecho cargo de la defensa de Pizano, anticipando la absolución del reo.

Al ser derrocado el gobierno del licenciado De la Madrid, por el incipiente movimiento maderista, decayó *El Diablo Cojuelo* hasta desaparecer al poco tiempo, después de ser por más de cinco años un reflejo de la vida social, política y económica de Colima. Como su fundador carecía de bienes de fortuna y su honradez periodística no le había dado ocasión a conquistarla, se vio en mala situación, al extremo de sentar plaza como teniente en una corporación irregular formada por el capitán Alejandro Béjar, que había hecho brillantemente la campaña del Yaqui y estaba reintegrado a Colima, su tierra natal, precedido de una justificada fama de hombre valiente y militar pundonoroso. Al poco tiempo de fijar su residencia en esta ciudad, obtuvo autorización para llevar a cabo una iniciativa propia en el sentido de constituir un batallón con elementos exclusivamente colimenses, a los que por largos meses entrenó y disciplinó. Fue ese cuerpo el que guarnecía en Colima cuando las fuerzas obregonistas tomaron la plaza el 19 de julio de 1914, bajo un convenio previamente celebrado, en virtud del cual los contingentes militares entregarían la ciudad y se disolverían, a condición de que se les respetara la vida, la cual fue aceptada por el general Obregón pero

no cumplida, pues se fusiló a la mayor parte de oficiales y tropa sin ninguna necesidad, cuando unos y otros habían entregado sus armas.

Por fortuna, don Carlos no figuró en la masacre, pues meses antes había fallecido, víctima de un cáncer pulmonar. Se le sepultó en el cementerio de esta ciudad con los honores militares correspondientes a su grado. Y así acabó la vida de uno de los viejos periodistas colimenses, que ejerció su profesión con admirable inteligencia y ejemplar honradez.



Legendo el periódico (2014), pintura acrílica de José Luis García Pascual.

En 1904 fundó *El Diablo Cojuelo*, semanario impreso en octavo de cuádruple, en el que reveló su polifacética personalidad, pues no obstante las limitaciones de espacio, cubierto al cien por ciento con sus producciones, supo mantener el interés de sus lectores mediante publicaciones de los más variados temas: editoriales concienzudos, artículos humorísticos, noticias oportunas y, desde luego, la consabida página literaria.

Breve compendio de libros prohibidos y censurados

José María Lomelí Pérez

*No hay libros morales ni inmorales.
Los libros están bien escritos o no lo están.*
Oscar Wilde

Harry Potter, el nombre del maguito más famoso de Inglaterra y protagonista de la saga literaria homónima, autoría de J. K. Rowling, volvió a ser tema de conversación en fechas recientes al ser retirados todos sus volúmenes de las estanterías de la biblioteca de una escuela católica estadounidense, bajo aseveraciones de que su lectura pudiera poner en riesgo la integridad espiritual de sus lectores. La institución responsable de las mismas, la St. Edward Church and School, ubicada en Nashville, Tennessee, sustentando sus dichos en diversas consultas con exorcistas estadounidenses y romanos, argumentó a los padres de familia, en palabras del pastor Dan Reehil:

“Estos libros presentan la magia como bien y como mal, algo que no es cierto, se trata de un engaño inteligente. Las maldiciones y hechizos utilizados en los libros son maldiciones y hechizos reales: cuando un ser humano los lee, corre el riesgo de conjurar espíritus malignos”.

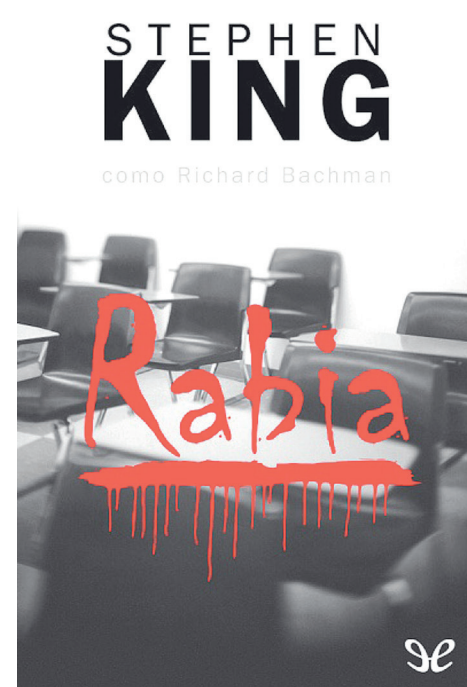
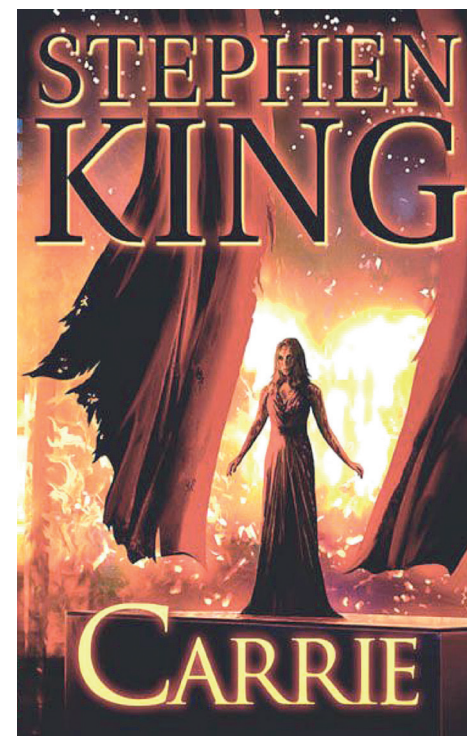
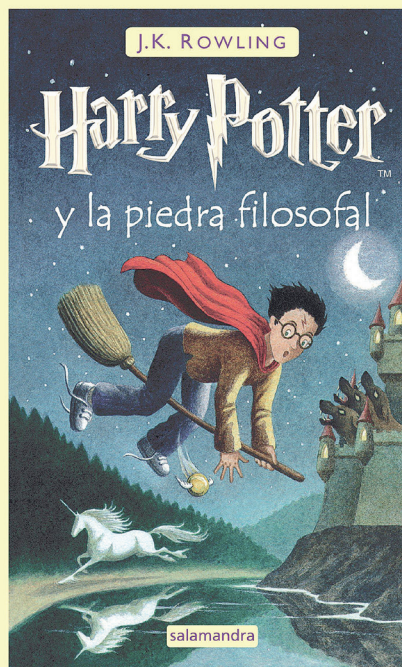
No obstante, dicho revuelo respecto a las aventuras fantásticas del joven mago no es nuevo. Ya desde la publicación de su primera novela, *Harry Potter y la piedra filosofal*, a finales de 1997, ésta causó conmoción en diversos círculos conservadores y religiosos que llegaron a calificarla de satánica.

Más allá de la anécdota, el suceso me recuerda cómo diversos libros a lo largo de la historia, expuestos a la insensatez humana y a las ideologías dominantes (ya sea religiosas o políticas), han corrido con una suerte similar e incluso peor en otras tantas ocasiones.

Continuare este primer y brevísim repaso por un clásico de la literatura de terror, libro considerado por muchos como uno de los fundadores de la ciencia ficción y por cuyas páginas corren tanto las desventuras de un científico atormentado por su propia creación, como las de este atemorizante e incomprensible nuevo ser, nacido de la unión de retazos de diversos cadáveres y reanimado por los efectos de la electricidad durante una noche de tormenta. *Frankenstein o el moderno Prometeo*, escrito por la británica Mary Shelley, publicado el 1 de enero de 1818, ha sido una novela a la que se le ha tildado más veces de blasfema y hereje, simplemente por haber sido publicada mucho antes que nuestro primer ejemplo. Censurada alguna vez por la Asociación de Bibliotecas de los Estados Unidos (American Library Association, ALA por sus siglas), la magna obra de Shelley fue incluso prohibida en Sudáfrica durante 1955 al encontrarla “obscena y objetable”. El motivo: el que su autora se atreviera a barajar la posibilidad de que un hombre, contraviniendo las leyes de Dios, llegara a dar vida por sus propios medios a un ser pensante.

Aprovechando la mención en el renglón pasado de la ALA, asociación encargada, entre otras cosas, de publicar listas periódicas con los nombres de los libros retirados de sus bibliotecas, hablemos ahora de *Carrie*, título que ha ocupado también un lugar dentro de ellas. Cuarta novela escrita por el Rey del Terror, Stephen King, y la primera en ser publicada, así como una de las más censuradas y restringidas desde hace tiempo en las escuelas estadounidenses por la complejidad de su temática. Si bien son el acoso escolar y las críticas religiosas que contiene parte de las causas que originaron sus restricciones, el mayor peso de las mismas se encuentra en su historia central: la de la chica con poderes sobrenaturales que, luego de años de burlas y acoso estudiantil, buscará ejecutar su venganza dentro de su misma escuela.

Aunque, hablando de obras prohibidas de Stephen King, existe un libro que más que restricciones externas lleva a cuestas el propio rechazo del autor nacido en Maine. Se trata de *Rabia* (*Rage*), su primera novela, escrita durante sus años en la secundaria, en la cual describe la violenta historia de un joven estudiante llamado Charlie Decker, quien, víctima de acoso escolar al igual



Libros que en algún momento fueron censurados.

que Carrie, decide irrumpir armado a su escuela, secuestrando a maestros y alumnos, atentando posteriormente contra sus vidas.

Publicada en 1977 con el seudónimo de Richard Bachman, sería el propio King quien tomaría la iniciativa para impedir sus reimpresiones tras relacionar cierta influencia del mismo con algunas tomas de rehenes y tiroteos a escuelas secundarias, acontecidos durante las décadas de los 80 y 90 en el vecino país del norte.

La niña del río: un caso de estupro en la ciudad de Colima en el siglo XIX

José Luis Larios García

Corría el año de 1845, cerca de las inmediaciones del convento de La Merced, algunos niños, provenientes de distintos rumbos de la ciudad de Colima, apresuraban su paso con dirección al barrio de Los Dolores, cerca del puente principal (hoy ubicado en la calle Torres Quintero) para disfrutar los juegos infantiles, acorde a su edad. Los pequeños aventureros aprovechaban la cercanía del río Colima y, los más intrépidos, se dirigían a los estanques formados de manera artificial o natural, según el cauce del río, con el propósito de bañarse en las aguas del cálido afluente.

De la misma forma, paseaban por los caminos y callejones maltrechos, con poca luz nocturna para atravesar las huertas y buscar los árboles con frutos de la temporada. Por este tiempo, aún no existía el alumbrado público como tal; se utilizaban los faroles, que eran encendidos con aceite de coco y se instalaban en los espacios más concurridos e importantes como puentes, plazas o edificios públicos.

Por el mes de abril, en punto de las siete de la tarde, Marcelina González mandó a su sobrina María Sebastiana Silveria, vecina del barrio de La España, de siete años de edad, junto con su primo José Demiterio, de cuatro años, a comprar un tlaco de pan al tendejón más cercano, rumbo al hospital de San Juan de Dios, zona poco habitable donde sólo se escuchaban los murmullos de las personas que asistían al hospital a remediar sus males, o sepultar algún difunto en el cementerio del convento del mismo nombre.

En aquel lugar, deambulaba un joven llamado Felipe Grijalva, de veinte años de edad, originario de Tecolotlán, Jalisco, vecino del pueblo de Comala, de oficio jornalero, que laboró por un tiempo en los potreros de la Albarrada y tenía poco de haber ingresado a trabajar como operario en la fábrica de hilados y tejidos de San Cayetano, ubicada al norte de la ciudad. Grijalva, observó con sigilo a los pequeños niños, trató de acercarse con el pretexto de regalarles unas monedas.

El sujeto tomó de la mano a la pequeña niña y se dirigieron al río Colima, en ese momento aprovechó y, en un descuido, arrojó José Demiterio a la orilla del río, quien se retiró del lugar asustado al ver a aquel hombre que portaba pantalón y camisa de manta, cubierto con un zarape y un cuchillo en su ceñidor. No obstante, Sebastiana se quedó indefensa ante la mirada perturbadora del joven Felipe, que había ingerido alcohol horas antes en el barrio del Charco. Pronto se acercó a ella con malas intenciones y en un forcejeo, la cargó en su hombro, sin el consentimiento de la misma; la llevó río abajo, es decir, por los linderos del convento de San Juan

de Dios, a una casita de madera con techos de palapa, deshabitada y en mal estado, debido a las crecientes del citado río en temporada de lluvias.

Según juicio contra el atacante, asentado en el *Expediente de lo criminal contra Felipe Grijalva*, resguardado en el Archivo Histórico del Municipio de Colima, la niña Sebastiana Silveria no llegó a su casa, por lo tanto, sus padres Nicolás Silverio y Benita González organizaron su búsqueda, acompañados por un gran número de vecinos. En la madrugada, avisaron al Alcalde cuarto del Ayuntamiento Guadalupe Reboyo [sic] sobre la desaparición de su pequeña hija, que de inmediato se ocupó de las diligencias del caso, por lo que recurrieron al niño Demiterio para declarar lo sucedido y tratar de localizarla.

De acuerdo a los hechos registrados la niña fue hallada muerta a las pocas horas, tendida en el suelo, con signos de tortura y fuertemente liada en el cuello con dos lienzos o tiras de indiana de color azul, y el semblante de la cara amoratado,

así como también sus partes genitales estupradas. Además, se encontraron unas hielachas, un rebozo y nagüitas [sic] manchadas de sangre; pero lo más importante fue que el sujeto dejó un pedazo de zarape que portaba ese día. Una evidencia contundente para ejercer un juicio penal.

Por fortuna, “una de los deudos de la difunta, había visto a un hombre que traía un pedazo de zarape muy parecido al que se le encontró a la niña”, por lo cual, se mandó aprehender al inculpado y fue puesto a disposición ante el juez de letras de lo criminal, Ignacio de la Madrid. Lo más lamentable fue presentar el cadáver de Sebastiana Silveria ante los ojos de su homicida para interrogarlo y demostrar su culpabilidad; él contestó que efectivamente “sí la conocía, se enmudeció el preso y acogió los hombros contestando:

que no podía negar él había cometido el delito que se presentaba a su vista”.

Habiéndose demostrado el delito, fue condenado a diez años de prisión sin derecho a fianza o disminución de la pena. El presbítero Antonio Moreno, encargado de la iglesia parroquial de Colima, certificó en el *Libro de entierros de 1845*, que fue sepultada en el camposanto de la ciudad.

Este caso, y muchos más, fueron asentados en los libros de juicios verbales durante la primera mitad del siglo XIX. Las estadísticas eran alarmantes en contra de la violencia física o verbal a las mujeres decimonónicas, al grado de sentirse un instrumento en las labores domésticas. La mayoría de las víctimas de estupro terminaban asesinadas por su victimario. Hoy bajo los criterios actuales, estos casos se les consideran feminicidios o violencia de género.

Puente Viejo del río Colima.: AHMC: Fondo AH-505.



Las estadísticas eran alarmantes en contra de la violencia física o verbal a las mujeres decimonónicas, al grado de sentirse un instrumento en las labores domésticas. La mayoría de las víctimas de estupro terminaban asesinadas por su victimario.



El que la hace la paga

Leopoldo Barragán Maldonado

Cuando miro las manecillas del reloj sólo percibo un horario pero no siento el fluir del tiempo, ni siquiera al arrancar una hoja del calendario percibo su corriente, es como detenerse a la mitad de cualquier puente y ver cómo se desplazan las aguas del río sin ser arrastrado por su fuerza ni experimentar la potencia del caudal. Por el contrario, ante la proximidad de cualquier acontecimiento me percato no sólo de la fluidez y el peso del tiempo, sino también de sus estragos; el movimiento se hace comprensible a partir de un aparente punto de reposo que nos indica la ligereza de la rueda existencial en que giran nuestras vidas, digo ‘aparente’ porque las circunstancias del mundo, esos pequeños recortes de realidad con los que nos trabajamos y forcejeamos, son más pasajeros que permanentes. La existencia es transitoria, sólo el ser es inmutable, y su contrario, el no-ser, inalterable.

Los eventos, pensemos un aniversario (del latín *annus*=año, *vertere-versum*= volver), más que significar *crónómetros* que permiten medir con exactitud el tiempo transcurrido, son *cronógrafos* que posibilitan describirnos en el correr del tiempo. La existencia es la fuga de la vida por el túnel del ser. Decía Sidharta Gautama en uno de sus *Sutras* (cuerdas): “Todo surge y desaparece”. ¡Qué interesa medirnos, lo importante es describirnos!, en la descripción mostramos lo que somos, lo que estamos dejando de ser y aquello que pretendemos ser. El ser es asimétrico, la descripción simétrica. La descripción existencial presenta los rasgos que delinean nuestra personalidad. Un número es idealidad, no realidad. ¿Que podemos medir la realidad?, es cierto, ¿pero cómo medir su contingencia? La vida como tal podrá ser lógica y estar sujeta a procesos visibles y previsibles, pero la existencia es siempre ilógica, imprevisible, y su aleatoriedad por demás invisible.

A propósito del budismo y hablando de eventualidades, cierto día de la semana pasada encontré en la calle a un amigo que caminaba lentamente, tomándose un café chatarra. Chequé mi agenda para cerciorarme si debía practicar deporte, dedicarme al ocio o consagrarme en la pereza, afortunadamente le tocó el turno a la pereza, así que lo invité a tomarnos un café del bueno. Abordamos mi hormiguita voladora y en el trayecto me comentó que en su juventud había ayudado a muchos conocidos para que siguieran adelante con sus estudios, y que con el paso del tiempo, una vez formados como profesionistas o desempeñando algún cargo importante, se habían negado a corresponderle de igual manera.

Lo dicho por mi amigo me hizo recordar uno de los elementos fundamentales de la ley del *Karma* (del sánscrito *kar*=órgano de acción, y *man*=pensador) que podemos entenderla como el efecto, negativo o positivo originado por nuestras acciones pasadas. Ismael Quiles en su obra *Filosofía Budista*, distingue un karma metafísico y otro moral, este último “significa que todas las acciones humanas deben tener su adecuada retribución. Se trata de la exigencia de la ley moral de premiar las buenas acciones o castigar las malas”. Estamos en una encrucijada porque o bien realizamos acciones malas y recibimos premios, o bien realizamos

acciones buenas y recibimos castigos.

La enseñanza budista nos advierte de una veintena de cosas que son difíciles en la existencia mundana y que intervienen en la justa o injusta retribución de nuestros actos, tales como: “difícil alejar el orgullo”, “difícil encontrar un buen amigo”, “difícil no ser perturbado por las circunstancias externas”. Edward Conze en su libro *El budismo, su esencia y desarrollo* considera que dichos conflictos estriban en la misma concepción budista acerca del hombre, ya que lejos de ser una conformación tricotómica de estilo occidental (cuerpo, alma y espíritu), está integrada por “cinco montones” o *Skandas*: cuerpo, sentimientos, percepciones, actos de conciencia, impulsos y emociones. En estos dos últimos radica el problema.

Efectivamente, a los ojos del budismo, la persona que rompe el equilibrio de la relación causa-efecto tendrá que pagar el precio de su acción; por consiguiente, causar -directa o indirectamente- un mal a nuestros semejantes, inclusive dañando la naturaleza o maltratando animales, sufrirá el mismo mal en su persona o en la de sus seres queridos, no se sabe ni cuándo ni dónde, pero de que pagamos lo que hemos hecho, lo pagamos. No podemos escapar del alcance moral de la ley del Karma.

Humphreys en su obra *El camino de la vida según el budismo*, enfatiza: “todo lo que hacemos es el resultado de nuestras causas pasadas, porque realmente somos el resultado neto de nuestras propios pensamientos y actos pasados... todo lo que hacemos y que se nos hace, ocurre porque debe ocurrir”. Lo anterior pudiera parecernos una expresión del fatalismo o determinismo que pone en riesgo el libre albedrío, tal y como lo entendemos en la concepción filosófica occidental; no obstante, en la mirada del budismo este escollo queda superado, nos advierte Buda: “La maldad es tuya, el pesar es tuyo, mas la virtud y la pureza también son tuyas. Tú eres el origen de toda pureza y de toda impureza”.

Además de la relación ‘causa-efecto’, tenemos presente el binomio ‘idealidad-realidad’, lo que existe en la mente, existe en la realidad, por supuesto que no lo afirmo en una línea ontologista a la manera de San Anselmo, con su famoso salto de la idealidad a la realidad; ni tampoco como lo hace Rosmini, al dividir la realidad según la distribución de nuestras ideas, como una pirámide en cuya punta se localiza la idea del ser abstracto; no, cuando asevero: ‘lo que existe en la mente, existe en la realidad’, me refiero a que somos autores y responsables de nuestros actos, a partir de éstos construimos la posibilidad de una realidad que se tornará positiva o negativa sin necesidad de responsabilizar a Dios, al destino o a la suerte, el budismo es claro a este respecto, así lo apunta Humphreys: “ningún hombre tiene suerte, sea buena o mala, y nada ocurre por accidente, el destino es un término que se aplica a causas acumuladas que están cerca de su resolución que ninguna puede evitar el efecto inminente”, en pocas palabras, es cuestión de que maduren los frutos que hemos sembrado a lo largo de nuestra vida, o como dice el dicho “lo que uno siembra eso cosecha”.



A los ojos del budismo, la persona que rompe el equilibrio de la relación causa efecto tendrá que pagar el precio de su acción: por consiguiente, causar -directa o indirectamente- un mal a nuestros semejantes, inclusive dañando la naturaleza o maltratando animales, sufrirá el mismo mal en su persona o en la de sus seres queridos, no se sabe ni cuándo ni dónde, pero de que pagamos lo que hemos hecho, lo pagamos.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Los amigos

Carlos Caco Ceballos Silva

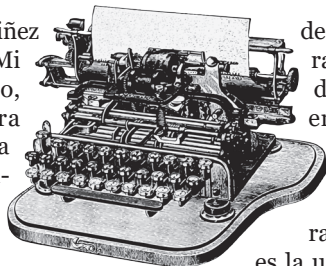
INVIERNO 1991. En mi niñez tuve muchos amiguitos. Mi padre, hombre práctico, convencióse de que era preferible que la casa pareciera una pajarera con los gritos, cánticos y risas de los chiquillos, a que sus retoños anduvieran visitando otros hogares, que a lo mejor no eran muy del agrado de otros papás que podían molestarse al ser perturbados en su paz hogareña. Así es que todos los niños y niñas del barrio y de otros, sin distinción de clase ni color, se juntaban en mi casa, donde en el fondo había árboles de mango, guayabo, lima y manzana rosa, y donde se colgaban columpios, argollas y en el piso se ponían colchonetas para que los costalazos que seguido se sucedían, no fueran de consecuencias.

Posteriormente, en la adolescencia, tuve por amigos a todos mis compañeros de clase del colegio Colón, y de todos los amigos de aquellos lejanos ayer; como es natural, sólo dos o tres están en activo. Después vino la juventud, encontré nuevos amigos, empezando por estos tiempos a conocer y practicar las mañas muy en boga cuando todavía se les tiene miedo y vergüenza a las mujeres y se rinde culto al bíblico Onán.

Cuando yo tuve familia y siguiendo las costumbres de mi padre, en Guerrero 35 reuníanse todos los amiguitos de mis hijos, y así también convertíase aquello en una alegre pajarera de donde salían las excursiones al mar y al volcán, con la aquiescencia de mis amigos, los papás de los compañeros de mis hijos.

A todos mis amigos los he conservado, aunque la parca a muchos se los ha llevado, tuve amigos de ocasión, de esos que se hacen en el tren, en la cantina, en la cola comprando boletos de fútbol. De éstos, algunos sigo viendo por casualidad; a otros, por el contrario, la distancia y el tiempo los van borrando de mis actualidades, pero no los olvido y, cuando se ofrece, siempre recuerdo los ratos agradables que pasé entre ellos.

Encontré amigos y amigas en el hotel Ceballos de Cuyutlán, revaluando nuestros afectos y simpatía de temporada a temporada. También cultivé amistades con reclusos, banqueros, cursillistas y con damas de muslos retozones. También entre mis amigos contaba con sacerdotes, aleluyas, masones, periodistas, panaderos, personas



de sociedad, boleros y gentes de rancho; es decir, toda una gama de amigos y amigas cosechados en todas las épocas, desde la niñez hasta la vejez.

Es lo más hermoso y satisfactorio que nos puede deparrar la vida. Dicen que la amistad es la unión de personas de buena fe y que sólo los hombres sinceros tienen amigos; los demás pueden llamarse socios, cortesanos, compañeros, cómplices, partidarios, pero no amigos, y pienso que de verdad así es, pues en mi larga y feliz vida también me he topado con partidarios y compañeros.

En los momentos difíciles, encontré apoyo amistoso y económico en muchos y, como excepción, un mínimo me negó a la hora de la verdad. Pero estos también los recuerdo con atención, pues me dieron la oportunidad de aquilatar con más precisión a los que me otorgaron su apoyo y tener más que contar de mis nutridos recuerdos.

Entre los amigos hay de todo, pues es natural que así lo sea, unos se sienten superiores, otros apoyados, unos son sinceros, y otros, la minoría, interesados; unos divertidos y otros no lo son, pero a todos se les debe buscar y encontrar lo bueno que todos tienen por igual, y tratarlos con la comprensión y aprecio con que ellos nos tratan a nosotros.

Recuerdo una observación sobre la amistad que me hizo el licenciado Agustín Acosta Lagunes cuando era gobernador del bello estado de Veracruz: "Cuando se está aquí no debe confiarse mucho en los amigos, pues en la política los amigos son de mentiras, y los enemigos de verdad". Frases realistas que de seguro lo olvidan la mayoría de los políticos que están en la cima.

Ojalá algún día llegue a todos nosotros la comprensión, el amor y la inteligencia suficiente para entender el valor inmenso que encierra la amistad, y que sirve para unir voluntades y sentimientos en beneficio de todos por igual.

Van estas últimas palabras, mis más fervientes recuerdos para mis amigos que se alejaron y a quienes tanto debo por sus buenas voluntades, simpatías que me prodigaron y enseñanzas y apoyos que me otorgaron. Ojalá que cuando yo parta se me conceda el gran privilegio de volver a estar en su grata y divertida compañía.

* Empresario, historiador y narrador. †

Un pequeño homenaje a José José

León Mendoza

¿Quién no cantó más de una vez alguna canción de José José, o le tiró la onda a alguna chica con alguno de sus temas? Sería hasta imperdonable no saberse algunas letras del *Príncipe de la canción*.

Mas, qué tanto influyó José José en los demás artistas, digamos no sólo del ámbito bolero, sino que por igual fue del gusto de muchos rockeros que no negaron ser fans del *Príncipe*.

Para un pequeño ejemplo, tenemos el disco homenaje que le hicieron varios grupos nacionales, como todo un tributo a la grandeza del cantante, entre los que destacan Control Machete con su estilo de rap, o La Maldita Vecindad en todo con su ska, y así, entre ska, pop, metal y algunos alternativos como el grupo Paté de Fuá y varios más con igual importancia en la música.

Pero no sólo fueron bandas de rock, en similar participación cantaron varias de las solistas dentro del medio, quienes se dieron oportunidad de complementar el disco y hacer su aportación al proyecto mujeres como Julieta Venegas, Carla Morrison, Natalia Lafourcade, entre otras.

No sólo ellos reconocieron la calidad de José José, algunos grandes del rock como Gene Simmons, vocalista del grupo Kiss, en una entrevista comentó que un tipo de música que le gusta para descansar es la del *Príncipe*.

Están algunos de los que se arrepintieron de rechazar la colaboración en el disco, como el grupo Los Estrambóticos, quienes se arrepintieron de no haber participado en el tributo.

Y es que José José es uno de los grandes representantes de la música mexicana, con una inmensa aportación a la cultura musical. Si su vida fue un desorden ese es otro asunto.

Basta recordar la excelente interpretación que hizo del tema El Triste, fue su consagración, y eso no se olvida. Sólo nos queda darle el lugar que le corresponde dentro de los grandes de México.

